EL ALBA

Vol. 29 No. 2

Marzo – Abril 2014

Publicada bimestralmente por Dawn Bible Students Association
División en español
199 Railroad Avenue
East Rutherford, NJ 07073 U.S.A
www.dawnbible.com
Todos los derechos reservados.
Sírvase notificarnos inmediatamente su cambio de domicilio. Incluya la etiqueta de envío de su revista, e envíela juntamente con su nueva dirección.

Precio anual: US $5.00 (6 números)

ALEMANIA: Tagensbruck Bibelstudien-Vereinegung, Alzeyer Str. 8 (Postfach 252), D 67253 Freinsheim

ARGENTINA: El Alba, Calle Almirante Brown 684, Monte Grande, Buenos Aires estudiantesdelabibliargentina@gmail.com

AUSTRALIA: Berean Bible Institute, P.O. Box 402, Rossana, Victoria, 3084

BRASIL: Aurora, Caixa Postal 77204, Nova Iguaçu, Rio de Janeiro, CEP 26210-970 E-mail: estudantesdabiblia_aurorabrasil@ hotmail.com

CANADÁ: P.O. Box 1565, Vernon, British Columbia, V1T 8C2.

COLOMBIA:A.A. 7804, Medellín, Antioquia

ESPAÑA/ITALIA: El Alba, Via Ferrara 42, 59100 Prato - Italia

FRANCIA: L'Aurore
45, Avenue de Gouvieux, 60260, Lamorlaye

GRECIA: He Haravgi (The Dawn) 199 Railroad Ave., East Rutherford NJ 07073 USA

INDIA: The Dawn, Blessington, #34, Serpentine St., Richmond Town, Bangalore 560025

ISLAS BRITÁNICAS: Associated Bible Students, 102 Broad Street, Chesham Bucks HP5 3EB

Publicada en Alemán, Español, Francés, Griego, Inglés, Italiano, Polonés, Portugués, Rumano y Ucraniano.

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

EVENTOS SOBRESALIENTES DEL ALBA

En el Aposento 2

ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA BIBLIA

Un Reino Eterno 19
Hijo de David 22
El Informe de Pedro 25
Digno es el Cordero 28
Triunfante y Victorioso 31
Jesús Limpia el Templo 34
Un Rey-Sacerdote Mesiánico 37
El Tercer Día 40
Desde el Sufrimiento Hasta la Gloria 43

VIDA Y DOCTRINA CRISTIANA

La Organización de la Nueva Creación - Parte IV 46

The Dawn – Spanish Edition
Vol. 29 No. 2 – March/April 2014

A menos que se indique lo contrario la traducción de la Biblia usada en esta revista es la versión Reina-Valera edición de 1960.

Printed in USA

En el Aposento

"Sabiendo Jesús que su hora había venido para que pasase de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin." —Juan 13:1

Jesús y sus apóstoles pasaron la noche antes de su crucifixión en un "aposento", que se había presentado como un lugar donde podían comer el cordero de la Pascua en conformidad con los requisitos de la ley judía. Esto fue en el decimocuarto día del primer mes del año lunar, conocido como Nisán. "Y mientras comían, tomó Jesús el pan, lo bendijo, lo partió, lo dio a sus discípulos y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados." —Mat. 26:26-28

Pablo cita Jesús como diciendo: "Haced esto en memoria de mí." Entonces, Pablo añade: "Todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga." (1 Cor. 11:24-26) Es evidente por estas

palabras que Jesús deseaba que sus discípulos continuaran esta conmemoración, o memorial, de su muerte de año en año, en el aniversario de su crucifixión. Este año esa fecha será el domingo trece de abril por la noche, en la cual los hermanos y los seguidores del Maestro en todo el mundo se reúnen en esta Cena Conmemorativa.

Jesús era el antitipo del cordero pascual. Fue el "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29) La Cena Conmemorativa no es una continuación de la cena pascual judía. Para los creyentes, la necesidad de continuar con la celebración pascual típica cesó cuando el Cordero de la Pascua antitípica fue degollado. La Cena Conmemorativa es un recuerdo del sacrificio de Jesús, la conmemoración de su muerte.

Es una ceremonia sencilla en la que el "pan sin levadura" simboliza el cuerpo partido del Maestro y la "copa" representa su sangre derramada. Este "fruto de la vid", como símbolo de la sangre derramada de Jesús, representa su muerte, mientras que el pan sin levadura nos recuerda que fue una vida humana que fue sacrificada. Jesús había dicho que daría su carne para la vida del mundo. (Juan 6:51) Cuando participamos de esos emblemas en la Cena Conmemorativa señalamos que aceptamos con gratitud la provisión de vida que nuestro Padre Celestial ha hecho para nosotros por medio de Jesucristo, nuestro Redentor.

PARTICIPACIÓN

Pablo nos dio una nueva reflexión al escribir: “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan” (1 Cor. 10:16-17). Pablo está diciendo que al participar todos, simbólicamente hablando, del cuerpo y de la sangre del Ungido que “nosotros, los muchos”, tenemos el privilegio de ser contados como “un cuerpo” bajo Jesús como nuestra “cabeza”.

Tras haber participado en los beneficios simbolizados por el cuerpo y la sangre de nuestro Señor, ahora tenemos el gran privilegio de compartir con Cristo en los “mejores sacrificios” de esta Edad Evangélica (Heb. 9:23) Hay que recordar que los sacrificios que compartimos no se caracterizan por el cordero pascual, puesto que sólo Jesús fue el “Cordero de Dios” cuyo sacrificio podría quitar el “pecado del mundo” por medio de su muerte como el precio correspondiente para el padre Adán, un “rescate por todos.” —1 Tim. 2:5, 6

Más bien, los “mejores sacrificios” que compartimos son los de la “ofrenda por el pecado”, caracterizada por el hecho de que Israel ofrecía un “becerro” y un “macho cabrío” en el Día de la Expiación. (véase Levítico capítulo 16) Por lo tanto, cuando participamos de la “copa” y el “pan” en la

Cena Conmemorativa estamos diciendo que hemos aceptado por nosotros mismos las provisiones meritorias del sacrificio redentor de Jesús y que queremos seguir ofreciéndonos como parte de la gran ofrenda por el pecado antitípica. La Conmemoración es el momento en el que cada uno de nosotros, como seguidores de Cristo, renovamos nuestra consagración. Es el momento de reafirmar nuestro deseo de ser desarrollados con nuestro Señor como sumo sacerdotes simpatizantes, para seguir estando muertos con él, y ser reavivados con la esperanza de vivir y reinar con él.

Jesús no murió simplemente por sus seguidores asidos de la edad actual. Su sangre fue derramada y su cuerpo partido por los pecados de todo el mundo (1 Juan 2:2). Esto significa que al participar de los emblemas de la Conmemoración nos alegramos en el amor de Dios por toda la raza humana y de la maravillosa provisión que ha hecho a través de Cristo para su restauración a la vida en el reino mesiánico. Es un recordatorio de que nuestra fe y esperanza no son mezquinas y egoístas, sino generosas y amorosas, en que concebimos la bendición final de "todas las familias de la tierra." —Gén. 28:14

LECCIONES DEL APOSENTO

Es bueno que a lo largo de toda la temporada de la Conmemoración contemplemos especialmente la gravedad de ser un discípulo de

Cristo. Muchas de las facetas importantes del discipulado fueron llamadas a la atención de los discípulos en el aposento aquella memorable noche antes de la crucifixión del Señor. Un registro de esto se encuentra en los capítulos 13 a 17 del Evangelio de Juan. Notemos algunas de las cosas que Jesús dijo e hizo esa noche.

Después de la cena Jesús lavó los pies de sus discípulos. (cap. 13:1-17) Esto fue diseñado como una lección de humildad, y cuán importante es para todo seguidor del Maestro de ser humilde ante el Señor y ante el resto de los hermanos. Es una prueba severa para todo el pueblo del Señor. A menudo parece que hay un deseo de ser prominente o de hacer algo de gran importancia en el servicio del Señor.

Jesús ilustró el espíritu de humildad al llevar a cabo un servicio muy humilde para sus discípulos. Que seamos atentos respecto a oportunidades de hacer algo para los hermanos, incluso si se nos pasan inadvertidos y desconocidos. A su debido tiempo el Señor indicará las grandes cosas que hay que hacer, si no en este lado del velo, entonces, en el reino, cuando vivemos y reinemos con él si somos fieles.

La verdadera humildad se muestra en la acción, no sólo en las palabras. El hermano o la hermana que es verdaderamente humilde no tendrá que decirlo a los demás. La humildad consiste en hacer con todas nuestras fuerzas lo que está en

nuestras manos para hacer, sea algo parecido al servicio doméstico, o de cualquier otro tipo, sin ostentación, sin aparentar y sin invitar de ninguna manera a otros a observar nuestra humildad.

No hay mejor manera de obtener una auténtica perspectiva de verdadera humildad que a través de la meditación de la grandeza de nuestro Dios y de nuestro Señor Jesucristo, particularmente durante la Conmemoración. Si estamos siendo humillados por la posición en la que nos encontramos, ya sea en relación con nuestro trabajo diario o en la congregación del pueblo del Señor, recordemos a Jesús. "Como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca" (Isa. 53:7). Profesamos que queremos ser como Jesús. Que nos regocijemos cuando el Señor nos da una experiencia que nos proporciona la oportunidad de desarrollar una mayor humildad.

AMARNOS UNOS A OTROS

Estuvo en el aposento que Jesús dijo a sus discípulos: "Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros." (Juan 13:34) Este es un mandamiento que provoca un examen de conciencia. Estas palabras son bien conocidas por todos los que profesan seguir a Jesús. ¿Cuán profundamente, sin embargo, entran en nuestra

conciencia y controlan nuestros pensamientos, palabras y obras?

Jesús nos amó hasta el punto de dar su vida por nosotros, al sufrir la muerte cruel de la cruz. Mantener este mandamiento y seguir sus huellas diariamente en el servicio de los hermanos con nuestro tiempo, nuestra fuerza y nuestra sustancia que, de lo contrario, se podrían utilizar en beneficio de nuestros propios intereses en la vida. Cada uno de nosotros, como discípulo del Maestro, debe responder si estamos manteniendo el espíritu de estas palabras y la temporada de la Conmemoración es el momento perfecto para este tipo de auto examen.

Nuestra Escritura de apertura dice de Jesús que, "habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin." Hemos de amar de forma similar unos a otros. Aquí se describe un amor constante y permanente, un amor que supera las dificultades de cualquier tipo y que con paciencia sigue sacrificando a fin de que otros, especialmente nuestros hermanos, puedan ser bendecidos. No es un amor que es cálido hoy e indiferente, o incluso frío, mañana. No se trata de un amor que se ilumina con entusiasmo cuando se aprecian nuestros esfuerzos y se convierte en una mera ascua muerta cuando nuestro servicio pasa desapercibido y no es alabado.

Cuando pensamos en la gloriosa perfección de Jesús, en comparación con la inacabada,

imperfecta naturaleza de los discípulos, nos damos cuenta de que no era algo natural amarlos. Sin embargo, el Maestro los amó a pesar de todas las cosas que podría haberle repelido y desalentado su amor por ellos. Es de este mismo modo que nosotros, también, debemos amar a los hermanos, a todos nuestros co-discípulos.

No es difícil amar a los que nos aman, y hay afinidades especiales de intereses y personalidades entre los hermanos que los juntan de cerca. Es bueno que todos amen uno al otro, pero, esto por sí solo no es la medida total de la obediencia al "mandamiento nuevo" que merece una plena entrada en el reino.

Hay entre los hermanos quienes pueden parecer diferentes y por ello nos parecen lejanos. Algunos incluso pueden ser irritantes en sus palabras y en sus hábitos. Nos enorgullecemos de nuestro crecimiento en la gracia y nos sentimos superiores a aquellos que no han avanzado tanto. Podemos suponer que los nuevos en el camino deberían ser tan "buenos" como nosotros. Si nos encontramos pensando de esta manera, pareciera indicar que no estamos amando a todos los hermanos como Jesús amó a sus discípulos y a nosotros. Aquí, una vez más, la temporada de la Conmemoración es el momento adecuado para revisar nuestra opinión de los hermanos, y lo bien que estamos cubriendo sus imperfecciones con el manto de amor abnegado.

EL AMOR DEL PADRE

Jesús también dijo en el aposento: "El que tiene mis mandamientos, y los guarda, él es el que me ama; y el que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él." Oyendo esto, uno de los discípulos le preguntó: "Señor, ¿cómo es que has de manifestarte a nosotros, y no al mundo?" Jesús le respondió a esto: "Si un hombre me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos á él, y moraremos con él." –Juan 14:21-23

A partir de ahí aprendemos el secreto de permanecer en el amor del Padre celestial, y de tener que él y nuestro Señor Jesús, hagan su morada con nosotros, es "guardar" sus mandamientos. Esto debería ser una sosegada realidad para cada hijo consagrado de Dios. Existe el peligro de que los "mandamientos" y otros aspectos de la verdad puedan llegar a ser mucha palabrería que aprendemos cómo expresar con poca sinceridad y utilizarlas como base para filosofar. De hecho, es importante que cada una de las fases de la verdad, sobre todo los importantes mandamientos de Jesús, llegue a fijarse bien en nuestra mente. Esto solo, sin embargo, no es suficiente.

Si vamos a darnos cuenta del sentido completo de la presencia del Padre con nosotros, y de que su amor se derrama en nuestros corazones, es esencial que guardemos su palabra, y lo hagamos sin importar qué costo conlleva. De hecho, requerirá

todo lo que tenemos y somos, finalmente nuestra vida, para guardar los mandamientos de Jesús. Nos costará amar a los que no nos resultan agradables y a los que no nos gustan o, incluso, pueden ofendernos. Mas, sin embargo, es parte de lo que se trata de ser discípulos de Cristo. No hay mejor momento para una nueva comprensión de esto que en la temporada de la Conmemoración.

PAZ DADA

En el aposento, Jesús dijo también a sus discípulos: "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo." (Juan 14:27) El mundo trata de dar paz a sus ciudadanos a través de seguridad financiera y mecanismos sociales amistosos, pero cuán superficial y breve resulta a menudo tal paz. Por el contrario, cuán profunda, dulce y constante es la paz que nace de la fe y la confianza en nuestro Padre Celestial y nuestro Señor Jesucristo.

"Mi paz os doy", dijo Jesús. Su paz resultó de conocer a su Padre Celestial y de la perfecta confianza que puso en él. "Yo sabía que siempre me oyes", dijo Jesús en oración. (Juan 11:42) Cuando Jesús estaba a punto de ser detenido dijo a aquellos que mostraron la voluntad de ayudarle: "¿Te parece que no puedo ahora orar a mi Padre, que se encuentra actualmente me dan más de doce legiones de ángeles?" (Mat. 26:53) Más tarde dijo a Pilato:

“No tienes ningún poder sobre mí salvo que te fuera dado desde arriba.” —Juan 19:11

Jesús fue afianzado por el amor de su padre y de su capacidad para cuidar de él. Sabía que el gran poder que detuvo a la tormenta en Galilea, que curó a los enfermos y que resucitó a los muertos podría protegerle, fortalecerle y confortarle en cada una de las situaciones que pudieran surgir. Por lo tanto él tenía paz. No una paz basada en la tranquilidad, porque la vida de Jesús estaba a menudo lejos de ser tranquila. Sus enemigos estaban pujando de continuo contra él. Por último, le arrestaron y lo crucificaron. Sin embargo, a través de Jesús disfrutamos de la paz de mente y de corazón que el mundo no puede dar ni quitar.

Jesús nos dejó esta misma paz a nosotros. Es esencial que no fallemos de cumplir con las condiciones en las cuales esta paz puede llegar a ser nuestra. Los requisitos para poseer y disfrutar de esa paz son los mismos que para Jesús. Estos fueron: confianza en el cuidado y en el amor de Dios y una completa resignación a la voluntad de su padre. Sin estos Jesús no pudo haber disfrutado de paz.

Es lo mismo para nosotros. Debemos tener la certeza del amor del Padre y de su capacidad para suplir todas nuestras necesidades. Debemos aceptar tan plenamente su voluntad que no nos inquietarán las pruebas que permita sobrevenirnos. Estas son claves muy importantes para disfrutar de esa paz perfecta que puede ser nuestra como discípulos de

Cristo. De hecho, la participación de los emblemas de la Conmemoración indica que hemos rendido nuestra voluntad, nuestro todo, al Padre Celestial, aun como hizo Jesús.

Hemos de evitar ser coléricos y preocuparnos por las cosas de la vida que no nos gustan y que no podemos cambiar. No deberíamos tener una preocupación ansiosa por el resultado de las diversas situaciones que pueden confrontarnos. No debemos ser rebeldes con la parte de la vida en la que nos encontramos. No debemos ser envidiosos de aquellos que parecen disfrutar de muchas más bendiciones en la mano del Señor que nosotros. Tener dificultad con alguna o todas estas actitudes podría indicar una falta de completa resignación a la voluntad del Señor.

La paz de Dios y de Cristo es nuestra para disfrutar si cumplimos con las condiciones. Ninguna experiencia de "Getsemaní" puede robarnos esa paz si tenemos en cuenta que nuestro Padre Celestial conoce nuestras necesidades y cumple su mejor parte para aquellos que dejan la elección con él. Recordemos la advertencia: "No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo."

LA ORACIÓN DE JESÚS

Antes de salir del aposento aquella noche, Jesús se dirigió a su Padre Celestial en oración, registrada en Juan capítulo 17. En gran medida esta oración fue en nombre de los apóstoles y en nombre

de aquellos que creyeran en él "a través de su palabra." (vs. 20) Lo cual nos incluye. Jesús dijo: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad." (vs. 17) Podemos participar en la respuesta a esta oración sólo si nos aplicamos al estudio de la Palabra de Dios y rendimos nuestra vida a su sagrada influencia.

"Como tú me enviaste al mundo," Jesús continuó, "así los he enviado al mundo." (vs. 18) Este es un recordatorio de la comisión divina que hemos recibido, ser embajadores de Cristo. Esto está estrechamente asociado con la importancia de los emblemas de la Conmemoración, que simbolizan el sufrimiento y la muerte de nuestro Redentor. Jesús fue crucificado por su fidelidad al ministerio de la verdad.

Nos alegramos por el hecho de que Jesús fuera "santo, inofensivo, sin mácula, separado de los pecadores." (Heb. 7:26). Sin embargo, no fue por su paciencia, misericordia y amor por lo que fue odiado y muerto. Fue a causa de que expuso un error popular y de que proclamó una verdad impopular. La oscuridad de su día odiaba la luz, por eso los agentes de las tinieblas llevaron a la muerte al Portador de luz. Si realmente deseamos seguir sus pasos—sufrir con él—debemos ser fieles como sus embajadores en la proclamación del Evangelio del reino.

Jesús también oró para que sus discípulos fueran uno, como él y su Padre son uno (Juan

17:21). La respuesta a esta oración en nuestra propia experiencia será en proporción a la aceptación de la voluntad y la manera del Padre Celestial en nuestras vidas. Nuestra unidad del Espíritu, como discípulos del Señor, no viene de los acuerdos que hacemos con otros, sino del acuerdo sincero de cada uno de nosotros por hacer la voluntad del Padre y a la fidelidad en el cumplimiento de los términos de nuestro pacto. Esta fue la base de la unidad de Jesús con el Padre.

Cuán dulce es la solicitud del Maestro: "Padre, quiero que también, a quien me has dado, estén conmigo donde yo estoy; para que vean mi gloria, que me has dado: porque me has amado antes de la fundación del mundo." (vs. 24) El versículo 26 continúa: "Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún: para que el amor con que me has amado esté en ellos y yo en ellos." La verdad es que Jesús amó a los suyos hasta la muerte, por lo que deseaba para ellos el tesoro más valioso en el universo—el amor infinito del Padre Celestial.

Jesús sabía que esta solicitud para que sus discípulos estuvieran con él estaba en consonancia con la voluntad de su padre, pues en el aposento aquella noche él había dicho a sus discípulos: "En la casa de mi Padre muchas moradas hay: si así no fuera, yo os lo habría dicho a vosotros. Me voy a prepararos un lugar para vosotros. Y si me voy y preparo un lugar para vosotros, vendré otra vez, y

os tomaré; que donde yo estoy, vosotros también." (John 14:2, 3) ¡Qué perspectiva bendita! La contemplación de esta gran alegría del futuro hará mucho por ayudarnos, como ayudó a Jesús, a soportar la cruz y despreciar la vergüenza, a medida que seguimos sufriendo y muriendo con él. —Sal. 16:11; Heb. 12:2, 3

A GETSEMANÍ Y AL CALVARIO

Desde el aposento esa noche fueron Jesús y sus discípulos al Jardín de Getsemaní, donde ofreció aquella memorable oración de renuncia a su Padre, "Pero no sea como yo quiero, sino como tú." (Mat. 26:39) Judas, que había abandonado el aposento antes que los demás, fue más tarde a Getsemaní también, no para velar con el Maestro, sino para traicionarlo con un beso. Desde el jardín Jesús fue llevado ante el sumo sacerdote y luego juzgado ante Pilato.

El resultado de estas comparecencias era inevitable, pero el Cordero de Dios no abrió la boca en defensa propia. Se le colocó sobre la cabeza una corona de espinas. Se le golpeó y le escupieron. Fue colgado en una cruz, sostenido sobre ella con clavos que cruelmente traspasaron las manos y los pies. Cuando la noche se acercaba, su costado fue atravesado para asegurarse de que estaba muerto realmente.

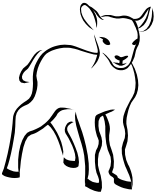
En cumplimiento de la profecía, Jesús sintió momentáneamente la pérdida de la sonrisa de su

padre y clamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” A continuación, y en confianza, dijo, “Consumado es”. Por último, pronunciando sus palabras finales de entera confianza y resignación ante la muerte dijo a su Padre: “En tus manos encomiendo mi espíritu”—mi vida. En estas pocas palabras se resume el significado existencial de la Cena Conmemorativa para nosotros. —Mat. 27:46; Juan 19:30; Lucas 23:46

Cuando hicimos nuestra consagración para hacer la voluntad del Padre, significaba que estábamos entregándole nuestras vidas para hacer con ellas lo que deseara. ¿Sigue siendo válido ese compromiso? ¿Estamos deseosos día a día, y en cada experiencia de la vida, de hacer la voluntad del Padre? Esta es una de las lecciones prácticas más importantes a la hora de participar del “pan” y de la “copa”. Es sólo como día a día a media que entregamos nuestras vidas sin reservas al Señor que estaremos dispuestos a decirle al final del camino con el corazón, como lo hizo Jesús, “En tus manos encomiendo mi espíritu.” Por lo tanto, como dijo Pablo, “Pruébese cada uno a sí mismo, y coma así el pan, y beba de la copa.” —1 Cor. 11:28.

El mes de Nisán, en el que se guardaba la Pascua judía, ha sido señalado por Dios como el “principio de los meses” para los israelitas. Puede que la Cena Conmemorativa este año sea el comienzo de un año nuevo lleno de bendiciones en el Señor para todos los verdaderamente

consagrados. Puede que sea un año de renovada energía al servicio de nuestro Padre Celestial, a la verdad y a los hermanos. A través de todos los días que vengan, vaciándonos de nosotros mismos, puede que el amor de Dios nos haga cada vez más ricos a medida que siga siendo "derramado en nuestros corazones." —Rom. 5:5



Un Reino Eterno

Versículo Clave: "Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente." — 2 Samuel 7:16

Escritura Seleccionadas: 2 Samuel 7:4-16

LOS PRIMEROS seis años de David como rey de Israel fueron empleados para resistir a los enemigos de la nación y ampliar sus fronteras en armonía con las instrucciones divinas. Habiendo llevado a cabo la mayor parte de este trabajo, David construyó un palacio nuevo en Jerusalén. Sin embargo, su carácter reverencial causó que David notara una inconsistencia. Había construido su palacio nuevo mientras el arca de Dios, el símbolo de la presencia de Dios, aún permanecía guardada en el Tabernáculo. Deseando dar alguna expresión externa de su gratitud, David concibió un plan para construir una casa para el Señor, donde el símbolo de su presencia podría residir de manera permanente.

David consultó apropiadamente con el profeta Natán, quien se regocijó de esta manifestación de la fidelidad del rey a Dios y respaldó su plan. Sin embargo, aquella misma

noche, el Señor le dio a Natán un mensaje para el rey, el cual le prohibío seguir con este proyecto. No fue porque Dios no apreció el deseo de David de honrarle, sino más bien fue para dejarlo saber que aún no había llegado el momento para la construcción de una estructura permanente. El Señor mostró a David que el trabajo de establecer a Israel en la tierra prometida debe llevarse a cabo por tomar posesión completa de la tierra y destruir a todos sus enemigos. Este trabajo requeriría todo el reinado del Rey David. Sin embargo, el Señor le aseguró que a su debido tiempo se construiría un templo permanente, y que su hijo lo haría.

Después de un análisis más detallado encontramos que nuestro versículo clave tiene una aplicación doble. El hijo de David, Salomón, sí construyó el templo que su padre había concebido, pero su reinado llegó a su fin finalmente, junto con su gloria, y el templo fue destruido finalmente. La casa y el reino eternos no se refieren al reinado de Salomón, sino más bien a "la raíz y el linaje de David", nuestro Señor Jesucristo. (Apoc. 22:16) El “templo” en ese reino eterno será Jesús y su Iglesia, la cual está "construyéndose" a través de toda la Edad Evangélica y que está prefigurada en el reinado de David. A pesar de ser un varón conforme al corazón de Dios, David no pudo contemplar los detalles del plan de Dios para establecer el reino eterno venidero y la preparación de las piedras vivas para el templo espiritual.

Encontramos lecciones importantes en este incidente. El pueblo del Señor no debe concluir que debido a que sus planes y proyectos sean reverenciales y hayan sido diseñados para la gloria de Dios, que tengan aprobación divina automática. Las palabras del profeta Isaías siempre deben ser nuestra guía para servir a Dios: "Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos." (Isaías 55:9) Si tras un examen piadoso y una consulta adecuada con otros Israelitas espirituales, no encontramos la aprobación del Señor en nuestros planes para servirle en cierto asunto, que accedamos tranquilamente a su voluntad y cooperemos plenamente con sus caminos superiores. Al hacer esto, demostraremos nuestra confianza total en seguir la guía divina en todos nuestros asuntos.

Otra lección encontrada en este relato se refiere a la construcción de elegantes edificios eclesiásticos donde Dios puede ser adorado. Aunque muchos tratan de emular el deseo de David en construir un gran templo, los Apóstoles y la Iglesia primitiva no encontraron tal instrucción divina, y se reunieron en lugares sencillos. Que nuestro deseo de alabar a Dios, no se encuentre en elegantes lugares de culto, sino en el deseo sincero de traer gloria a su nombre.

Hijo de David

Versículo clave: "Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta." —Mateo 1:21, 22

Escrituras Seleccionadas: Salmo 89:35-37; Isaías 9:6,7; Mateo 1:18-21

EL NOMBRE David significa "amado", y las Escrituras describen una relación estrecha y cariñosa entre David y Dios. Mientras estaba en las profundidades de desesperación por sus propios pecados, David se dirigió al Padre celestial para pedir perdón con un corazón arrepentido y encontró consuelo. (Salmo 32) Cuando el deseo de David de construir un templo para guardar el arca de Dios no fue concedido, el Señor le aseguró amorosamente que su deseo de mostrar agradecimiento sería llevado a cabo a través de su simiente. "Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino. El edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino." -2 Sam. 7:12, 13

Parece que esta promesa se cumplió cuando David nombró a su hijo, Salomón, para ser

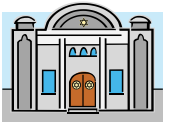
el próximo rey de Israel. El nombre Salomón significa "el pacífico", y esto describe con precisión una de las características sobresalientes de su reinado. Sin embargo, el reinado pacífico de Salomón llegó a su fin finalmente cuando se casó con mujeres paganas en oposición a las instrucciones de Dios. El capítulo 11 de 1 Reyes ofrece un registro detallado del apartamiento de Salomón del Señor. Sus acciones resultaron por fin en la división y en la pérdida del reino de Israel: “Así dijo Jehová Dios de Israel: He aquí que yo rompo el reino de la mano de Salomón, y a ti te daré diez tribus." -1 Reyes 11:31

A los ojos del mundo, parecía que la promesa de Dios a David se había roto. Sin embargo, podemos ver a través de las Escrituras y los profetas, que esto no fue el caso. La promesa de Dios no fue roto, sino simplemente ocultado en el testimonio profético. El profeta Ezequiel explica que Dios establecería el reino prometido bajo el heredero legítimo de David a su debido tiempo: "Así ha dicho Jehová el Señor: Depón la tiara, quita la corona; esto no será más así; sea exaltado lo bajo, y humillado lo alto. A ruina, a ruina, a ruina lo reduciré, y esto no será más, hasta que venga aquel cuyo es el derecho, y yo se lo entregaré." -Ezequiel. 21:26, 27

Nuestro versículo clave identifica a Jesús como el hijo nacido de María y de José. Más importante aún, se habla de él anteriormente en este

capítulo como el "hijo de David" (Mat. 1:1), por quien el trono profetizado por Ezequiel ha estado esperando. Jesús se demuestra como el heredero legítimo de David a través de los linajes natales tanto de María como de José. (Véase Lucas 3:23 y Mat. 1:1-16) De hecho, él es aquel que ha ganado el "derecho" de sentarse en el trono del reino prometido.

Este trono no será terrenal, como los de los reyes de Israel. El apóstol Pablo declara, “Aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así." (2 Cor. 5:16) El trono mencionado aquí representa el poder soberano y la dignidad del oficio de Cristo. "Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre." -Isa. 9:7



El Informe de Pedro

Versículo clave: "Viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción." —Hechos 2:31

Escrituras Seleccionadas: Salmo 110:1-4; Hechos 2:22 -24, 29-32

CUANDO EL Espíritu Santo fue otorgado a los once apóstoles el día de Pentecostés, comenzaron a ver y conocer los detalles de los planes de Dios mantenidos escondidos previamente: "El misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos." (Col. 1:26) A medida que las multitudes grandes se reunían en las calles de Jerusalén para la celebración de la Pascua, los once descubrieron que, cuando hablaron a estas multitudes de cada nación, el Espíritu Santo hizo que cada uno los entendiera en su propio idioma.

Comprendiendo el poder del Espíritu Santo por primera vez, Pedro habló a la multitud citando del profeta Joel: "Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne." (Hechos 2:17) Pedro estaba ansioso de comenzar a predicar el Evangelio de Cristo a aquellos cuyos

oídos podrían abrirse ahora para escuchar y comprender. Recordó a la multitud que había visto con sus propios ojos la aprobación divina de Jesús "con maravillas, prodigios y señales", y que fue entregado a la crucifixión "por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios", y que "Dios [lo] levantó" de entre los muertos. -vss. 22-24

Con el fin de convencer a su audiencia judía la llegada del Mesías esperado desde hace mucho tiempo, Pedro enfoca su atención en los testimonios del patriarca David. Él cita Salmo 16:10, que dice, "Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción." Pedro continúa, diciendo que David no podría haber estado hablando de sí mismo porque "murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy." (Hch 2:29) Pedro declara que David habló como profeta para anunciar a aquel que un día se sentaría en su trono y dirigiría un reino eterno, y puesto que los líderes judíos habían matado al Mesías, primero él tiene que ser levantado de entre los muertos para que pueda sentarse en ese trono. "Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos." -vss. 30-32

Dios sí había jurado a David que él levantaría a alguien de su propio linaje para sentarse en su trono. Jesús había llegado, con un linaje que remontaba directamente a David. Había demostrado que era el hijo de Dios a través de maravillas y milagros, y ahora había sido levantado de entre los muertos para que pudiera llevar a cabo el plan de Dios en establecer un reino eterno que bendeciría a todas las familias de la tierra. Pedro declara que fue Jesús, y no David, quien subió a los cielos. En efecto, dice Pedro, David mismo había declarado: "Dijo el Señor [Dios] a mi Señor [Jesús]: Siéntate a mi diestra." (vs. 34) Por último, dice Pedro, el esperado hijo de David se había hecho "Señor y Cristo", y que sus "enemigos" llegarían a ser su "estrado." (vss. 35,36) De su resurrección, el Jesús glorificado, declararía luego: "Yo soy… el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades." -Apoc. 1:18

Digno es el Cordero

Versículo clave: "El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza." — Apocalipsis 5:12

Escrituras Seleccionadas: Apocalipsis 5:6-13

LA BIBLIA en muchos lugares declara la intención de Dios de bendecir a todas las familias de la tierra en un justo reino venidero. Además, las Escrituras pintan un hermoso cuadro de ese reino, cuando el favor de Dios regrese a los hombres. Él enjugará todas las lágrimas de miles de años del dolor de este presente siglo malo, y será el Dios de toda la humanidad. -Apoc. 21:3, 4

Sin embargo, el establecimiento de este reino, requeriría a alguien de gobernar que sería digno de este puesto. La lección de hoy, a través de las palabras de Juan el revelador, identifica este "alguien", usado así desde el principio hasta la finalización del plan de Dios. En esta visión del trono de Dios, primero vemos a Dios con un libro que nadie era capaz de abrir, y como resultado Juan "lloraba mucho". -Apoc. 5:1-4

La falta de alguien digno de abrir este "libro" de la vida era la condición al comienzo del plan de Dios, después de la caída del hombre de la perfección. La justicia de Dios exigió un precio correspondiente para rescatar a Adán de la maldición de la muerte causada por su desobediencia. Un hombre perfecto tenía que morir para liberar a otro hombre, que había sido perfecto, de la sentencia de muerte. Jesús, en su existencia prehumana como el "Logos", entendía la necesidad de este precio correspondiente, y se ofreció a si mismo para proporcionarlo. -Salmo 40:7, 8; Isa. 6:8

Sin embargo, el mero acto de ofrecerse voluntariamente, no cumpliría con todos los requisitos de Dios. El precio correspondiente debería ser de ascendencia humana, y tendría que ser obediente hasta la muerte. Durante más de cuatro mil años, los hombres vivieron y murieron sin posibilidad de recuperarse de la muerte hasta la llegada de Jesús, ahora "[nacido] de mujer." (Gal. 4:4) Cuando Jesús estaba a punto de comenzar su ministerio, Juan el Bautista reconoció al prometido y declaró de Jesús: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo." (Juan 1:29) Dios también reconoció a Jesús después de su bautismo, cuando salió "una voz de los cielos, que decía: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia." (Mat. 3:17) Durante los próximos tres años y medio, Jesús, obedientemente y sin pecado, llevó a cabo el plan de su Padre, que culminó con su muerte en la

cruz, de esta manera comprando a Adán y a toda su posteridad. "Por cuanto la muerte entró por un hombre [Adán], también por un hombre [Jesús] la resurrección de los muertos." -1 Cor. 15:21

Todos los profetas habían señalado a Jesús como aquel que sería digno de sentarse sobre el trono de David en el reino para bendecir a la humanidad. Esto se reafirma dos veces en la escena del trono de nuestra lección. "Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos." (Apoc. 5:5) Jacob había hablado de este "León de la tribu de Judá" muchos siglos antes (Gén. 49:9, 10), proféticamente señalando a Jesús. En el sexto versículo de nuestra lección, leemos otra vez la descripción de Juan el revelador acerca de este “digno” como un "Cordero como inmolado".

La lección concluye con una escena alegre, en la que se reconoce la presencia de alguien digno de abrir el libro de la vida: “Cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación." (Apoc. 5:9)

Triunfante y Victorioso

Versículo clave: "Y la gente que iba delante y la que iba detrás aclamaba, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!" —Mateo 21:9

Escrituras Seleccionadas: Zacarías 9:9; Mateo 21:1-11

ERA CERCA del fin del ministerio de nuestro Señor que iba a presentarse como el Mesías de Israel, el cual había sido profetizado por los profetas. Los israelitas sabían que Dios había prometido un reino eterno que se establecería bajo la gobernación de la simiente de David. (2 Sam. 7:13-16; Sal. 132:11; Isa. 9:6, 7; 16:5) Como resultado de estas promesas, y en armonía con las señales de tiempo dadas al profeta Daniel (Dan. 9:24-27), muchos de entre el pueblo se dieron cuenta de que había llegado el momento de la llegada de su Mesías. Sin embargo, buscaban a un guerrero valiente como David, no el hijo de un carpintero que predicaba el amor y la humildad.

Jesús no se había proclamado como el Mesías, pero nunca negaba el hecho, cuando otros hacían la pretensión acerca de él. Antes de su nacimiento, María había sido informada por el ángel

Gabriel, "Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre." (Lucas 1:32) Pero Jesús nunca decía que había recibido el trono de David su padre. Cuando Jesús preguntó a sus discípulos de lo que creían acerca de él, Pedro contestó: "Tú eres el Cristo [*Hebreo: El Mesías*], el Hijo de Dios viviente", a lo que Jesús respondió: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos." (Mat. 16:15-17)

Conociendo los corazones del pueblo escogido de Dios, Israel, Jesús tuvo que cumplir literalmente todas las profecías relacionadas con la venida de su Mesías, no sea que luego dirían que no se les permitía reconocer a Jesús. Por lo tanto, él hizo arreglos para entrar en Jerusalén el 10 de Nisan, un detalle que sus fieles discípulos después entendieron como indicio de que fue el cordero antitípico de la Pascua. Se le proporcionó un asno para que pudiera viajar a la ciudad, no porque estaba cansado, sino porque era una tradición que los reyes de Israel tomaran este animal a sus coronaciones, (1 Reyes 1:33-35) y también cumplió las palabras proféticas de Zacarías. -Zac. 9:9

La entrada de Jesús en Jerusalén fue considerado por el pueblo de Israel como la llegada esperada por mucho tiempo de su Mesías. Los comentaristas han estimado que un millón de personas o más pudieran haber estado en asistencia,

así que el grito de "¡Hosanna al Hijo de David!" debía haber sido ensordecedor. Las ramas de las palmas fueron esparcidas delante de él, las cuales simbolizaban la victoria y el honor. Las prendas se colocaron delante de él, en celebración de la llegada del Mesías. Sin embargo, sabiendo que sus corazones estaban endurecidos, y no en armonía con los planes de Dios, Jesús, al ver la ciudad "lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos." –Lucas 19:41, 42

Esta "entrada triunfal" tenía un significado muy distinto para Jesús y su Padre Celestial. Sabían que en lugar de asumir el trono como los profetas habían declarado, este día demostró el hecho de que Jesús pronto moriría en la cruz para redimir a Adán y llegaría a ser un rescate por todos.

Jesús Limpia el Templo

Versículo clave: "¿Es cueva de ladrones delante de vuestros ojos esta casa sobre la cual es invocado mi nombre? He aquí que también yo lo veo, dice Jehová."
— Jeremías 7:11

Escrituras Seleccionadas: Isaías 56:6, 7; Jeremías 7:9-11; Marcos 11:15-19

EL MARCO DE circunstancias para el cumplimiento de estas palabras proféticas de Jeremías fue justo después de la presentación oficial de Jesús como Rey de los Judíos. A medida que entraba en Jerusalén, el pueblo gritaba: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!" (Marcos 11:9) Jesús visitó el templo de Israel ese día, y miró "alrededor todas las cosas, como ya anochecía, se fue a Betania con los doce." (vs. 11) Después de levantarse el día siguiente, Jesús regresó a Jerusalén y fue de nuevo al templo. Las cosas que había visto el día anterior incluían las mesas de los cambistas y los puestos en los cuales se vendían las palomas a personas que querían ofrecer sacrificios. Era profundamente perturbado por las muchas cosas que veía sucediendo en el patio exterior del templo que eran contrarias a la ley de Dios dada a Israel.

Como judío, Jesús había visitado el templo muchas veces antes. (Lucas 2:41-47; Juan 5:14; 7:14; 8:2; 10:23) Sin embargo, era de acuerdo con el plan del Padre celestial, que esta visita fuera diferente a cualquier otra. Las palabras proféticas de nuestro versículo clave iban a cumplirse ahora. El templo había sido contaminado, en directa oposición a la declaración hecha por el Padre Celestial registrada en Isaías 56:7: "Mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos."

En una desviación rara del comportamiento normal de Jesús, y de las medidas tomadas, él momentáneamente asumió la autoridad real y comenzó a echar fuera a los comerciantes. Volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas. En otro relato de una experiencia anterior durante su ministerio, se nos dice que durante una limpieza semejante del templo, Jesús "hizo un azote de cuerdas", y "echó fuera del templo a todos." (Juan 2:15) Como el Mesías de los judíos, Jesús tenía el derecho legítimo de asumir la responsabilidad de limpiar la casa de Dios, y de quitar los que estaban contaminándolo. El templo había sido apoderado por los que deseaban aprovecharse de la gente angustiada. Jesús también identificó a estos líderes religiosos hipócritas como los que devoraban las casas de las viudas, mientras que al mismo tiempo hacían oraciones largas, fingiendo ser sinceros y justos. -Mat. 23:14

Hay una mayor lección que debemos aprender del relato de la limpieza del Templo en Jerusalén por nuestro Señor Jesucristo. La "casa de Dios" de los judíos era una imagen de un templo aun más grande, la verdadera Iglesia de Dios, que está en preparación actualmente. "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?" (1 Cor. 3:16) Este templo, una vez terminado, será uno de perfección gloriosa. Nada lo profanará, como era el caso con el templo de Israel durante los días de nuestro Señor, del cual el negocio efectuado en él era profano a los ojos de Dios, y echó a perder la belleza de lo que Dios tenía en mente por ello.

Después de que todos los que han sido llamados de Dios, también escogidos y fieles, han terminado sus cursos terrenales, constituirán la "casa de Dios" glorificada. (1 Ped. 4:17) Este templo simbólico se convertirá en una "casa de oración para todos los pueblos." La humanidad tendrá la oportunidad de acercarse a Dios a través de la obra mediadora de la iglesia glorificada, su templo santo, en el cual se demostrará su presencia, y su misericordia estará disponible para todos.

Un Rey-Sacerdote Mesiánico

Versículo clave: "Y le decían: ¡Salve, Rey de los judíos! y le daban de bofetadas." —Juan 19:3

Escrituras Seleccionadas: Jeremías 23:5, 6; Zacarías 6:9-15; Juan 19:1-5

EN LA lección de hoy, vemos a Jesús ante Pilato. Después de haber sido azotado por el gobernador romano, los soldados pusieron una corona de espinas sobre la cabeza de Jesús, y le vistieron con un manto púrpura. Entonces, con escarnio, pronunciaron las palabras de nuestro versículo clave. Pilato no había encontrado ninguna falla en él, nada digno de muerte. Para él, Jesús tenía el derecho de seguir viviendo. De hecho, como registrado por los apóstoles más tarde, "Cristo… no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca." "Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores." -1 Ped. 2:21, 22; Heb. 7:26

Jesús era el Cristo, el ungido, "el hijo de David." (Mat. 1:1) Cristo es el equivalente griego de la palabra hebrea Mesías. Leemos en Marcos 1:1 que Jesús era "el Hijo de Dios." En el Evangelio de

Lucas se registra la proclamación del ángel Gabriel acerca del nacimiento de Jesús. “Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.” -Lucas 1:32, 33

Regresando al marco de circunstancias de nuestra lección, la respuesta simple de Pilato a los líderes religiosos judíos contra Jesús fue: “He aquí el hombre.” (Juan 19:5) Respondieron a Pilato de una manera desafiante, diciendo: “¡Crucifícale, crucifícale.” (vs. 6) Esta burla de la justicia de Dios pronto llegó a su fin según lo registrado en las palabras, “le crucificaron.” (vs. 18) Los líderes religiosos de Israel habían rechazado por completo, e incluso provocado la muerte de su rey legítimo—el Mesías esperado por mucho tiempo.

En Zacarías 6:12, el profeta registra estas palabras: “Y le hablarás, diciendo: Así ha hablado Jehová de los ejércitos, diciendo: He aquí el varón cuyo nombre es el Renuevo,… y edificará el templo de Jehová.” El término “Renuevo” señala a Cristo, y se utiliza varias veces en las Escrituras. En Isaías 4:2, se refiere proféticamente a Jesús como el “Renuevo de Jehová.” Él también se conoce como “vara” del tronco de Isaí, el padre de David (Isa. 11:1), y un “Renuevo justo.” (Jer. 23:5) Jesús era el heredero legítimo del trono de Israel, porque era un descendiente directo a través del linaje real de

David, y también porque era el representante de Dios a su pueblo.

La humillación del Mesías, la obediencia hasta la muerte, y la exaltación posterior se demuestran en muchos pasajes de las Escrituras (véase Isa. 52:13-15; Isa. 53; Fil. 2:5-11). Su perfección como "hijo del hombre", aun hasta la muerte, lo hizo posible ser el "postrer Adán" (Heb. 2:6-9; 1 Cor. 15:45, 47) Y el "heredero de todas las cosas." (Heb. 1:2) El concepto de Rey-Sacerdote es señalado por vincular varias Escrituras. "Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino él [Dios]… Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec." (Heb. 5:5, 6) El nombre Melquisedec significa "mi rey es justo." Al rey-sacerdote que se le dio este nombre originalmente se menciona en Génesis 14:18, así como por Pablo en la epístola a los Hebreos 7:1-4, y se demuestra ser una imagen de Cristo como Sumo Sacerdote y Rey. (Véase también Zacarías. 6:12, 13) Pronto, él será revelado a toda la humanidad como "Rey de reyes y Señor de señores." -1 Tim. 6:15

El Tercer Día

Versículo clave: "No está aquí, sino que ha resucitado. Acordaos de lo que os habló, cuando aún estaba en Galilea, diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día."
—Lucas 24:6, 7

Escrituras Seleccionadas: Oseas 6:1-3; Lucas 24:1-12

EL EVANGELIO de Lucas, capítulo 24, relata la resurrección de Jesús, así como algunas de sus apariciones posteriores a sus discípulos. El versículo 4 dice que "dos varones con vestiduras resplandecientes" aparecieron a María Magdalena, Juana y María la madre de Santiago, informándoles que "Jesús ha resucitado." (vs. 6) Antes de su muerte, el Maestro había hablado a sus discípulos acerca del "Hijo del hombre." "Después que le hayan azotado, le matarán; mas al tercer día resucitará." (Lucas 18:31-33) Al escuchar las noticias de que Jesús estaba vivo, Pedro y los otros discípulos primero dudaban el informe y cuestionaban si realmente se había levantado de la tumba. Aunque el Resucitado apareció a muchos de sus seguidores antes de subir al cielo, fue muy cuidadoso en establecer

claramente el hecho de su resurrección a los once apóstoles especialmente seleccionados. Estaba preparándoles como sus testigos escogidos para dar testimonio de las verdades acerca de su vida, sus enseñanzas, su carácter, su muerte, su resurrección, y su obra futura. -1 Cor. 15:20-26; 2 Ped. 1:16-19

Además hay una lección que se debe tener en cuenta con respecto a nuestro estudio acerca del "Tercer Día", que tiene que ver con la nación de Israel, el pueblo escogido por Dios. Oseas profetizó, "Venid y volvamos a Jehová; porque él arrebató, y nos curará; hirió, y nos vendará. Nos dará vida después de dos días; en el tercer día nos resucitará, y viviremos delante de él." -Os. 6:1, 2

Como resultado de nuestros estudios de las Escrituras, sabemos que los judíos fueron quitados del favor de Dios por un período de tiempo debido a su rechazo del Mesías. Esto es mencionado por Oseas simbólicamente como "dos días", igual que Jesús estaba literalmente en la tumba durante dos días. El tercer día, Jesús fue resucitado de entre los muertos por el fuerte poder de Dios. Así como él se levantó de la muerte en la madrugada del tercer día, también será a principios del día de mil años del reinado del Mesías, el "tercer día" de la profecía de Oseas que, como dijo Pablo, "todo Israel será salvo." El pensamiento de estas palabras de Pablo es que Israel será salvo de la ceguera que vino sobre ella como pueblo cuando rechazó al Mesías, y lo

reconocerá como su gran Libertador. -Rom. 11:25, 26

El versículo 3 de Oseas 6 explica más: "Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová; como el alba está dispuesta su salida, y vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia tardía y temprana a la tierra." En ese "tercer día", Israel lo reconocerá. Comprenderá que la primera venida de Cristo tuvo el propósito de proporcionar el precio redentor, y de iniciar el llamamiento de aquellos que serían sus santos, tanto judíos como gentiles, con el agua de la verdad de la "lluvia tardía." La segunda venida del Señor debe entenderse del mismo modo—que su propósito no sólo ha sido el de llevar a cabo la obra de reunir a sus santos, sino también de "reanimar" a Israel, dándole finalmente, y al mundo de la humanidad, la vida a través de otro rocío del agua de la verdad—la "lluvia tardía." Cuán bellamente armoniza la profecía de Oseas con las verdades relacionadas con la resurrección de Jesús al tercer día.

Desde el Sufrimiento Hasta la Gloria

Versículo clave: "Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían." —Lucas 24:27

Escrituras Seleccionadas: Isaías 53:5-8; Lucas 24:25 -27, 44-47

LAS palabras de nuestro versículo clave se toman del testimonio relatado por el Señor resucitado cuando apareció como forastero a dos discípulos caminando hacia la aldea de Emaús. Sabía que los profetas no sólo habían declarado las glorias venideras que serían suyas, sino también los sufrimientos que tendría que soportar antes de su glorificación. Una de las muchas profecías que hablaban de estas cosas se encuentra en las palabras de Jeremías: "Y yo era como cordero inocente que llevan a degollar." (Jer. 11:19) Este "forastero" explicó que era necesario que Jesús sufriera estas cosas, a fin de cumplir con su obra como el "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo." -Juan 1:29

Vemos corroboración adicional de estas verdades acerca de Jesús tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. En Isaías 53:5, 7,

leemos: “Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados… Angustiado él, y afligido, no abrió su boca.” El Apóstol Pablo indica que era necesario que nuestro Señor soportara todas estas cosas, aun hasta la muerte, a fin de que pudiera “compadecerse de nuestras debilidades.” Por lo tanto, “por lo que padeció aprendió la obediencia.” –Heb. 4:15; 5:8

La mejor ofrenda que cualquier miembro de la raza caída pudiera haber hecho todavía no podría quitar el pecado. Adán, un hombre perfecto, había pecado, y sólo el hombre perfecto, Jesús, podría rescatarlo. En otro testimonio profético, encontramos a Jesús hablando de sí mismo: “Sacrificio y ofrenda no te agrada; has abierto mis oídos; holocausto y expiación no has demandado. Entonces dije: He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí; el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado.” (Sal. 40:6-8) Las palabras “en el rollo del libro” son una referencia al hecho de que la obra redentora de Jesús fue mencionada proféticamente “en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos.” -Lucas 24:44

Antes de su muerte, Jesús había declarado de sí mismo, “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.” (Juan 8:12) Ahora, apareciendo a sus seguidores como el Señor resucitado, les pronunció palabras diseñadas para iluminar sus mentes así

como para darles consuelo con respecto al propósito de su muerte y resurrección. “Les dijo: Paz a vosotros… Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras.” -Lucas 24:36, 45

Siglos antes, Moisés había repetido todas las palabras de la Ley al pueblo de Israel. Ahora Jesús, el “profeta… como a” Moisés (Hechos 3:22), había cumplido la ley, y empezó a abrir las mentes de su pueblo, “hablándoles acerca del reino de Dios,” y enseñándoles a “cumplir la ley de Cristo.” (Hechos 1:3; Gal. 6:2) Después de que el Señor resucitado apareció a sus discípulos suficiente veces para llevar a cabo todo lo que fue necesario a su favor, “se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo.” (Lucas 24:51) Verdaderamente, podemos regocijarnos con estas palabras: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza.” -Apoc. 5:12

“LA ORGANIZACIÓN DE LA NUEVA CREACIÓN”

Parte IV

LA MISIÓN APOSTÓLICA

No encontramos en ninguna parte la menor sugerencia que los apóstoles debieran ser unos señores sobre la herencia de Dios, considerarse como diferentes de los otros creyentes, escapando de la ley divina, o especialmente favorecidos o asegurados en cuanto a su herencia eterna. Ellos debían recordar continuamente que “todos vosotros sois hermanos” y que “uno es vuestro Maestro, el Cristo”. Ellos debían recordar siempre que era necesario para ellos hacer firme su llamamiento y su vocación, y que a menos que obedezcan a la Ley de Amor y sean humildes como niños, de ningún modo “entrarían en el Reino”. Ellos no recibieron ningún título oficial ni alguna instrucción concerniente a un vestido especial o a un comportamiento particular; pero ellos debían ser simplemente en todas estas cosas ejemplos para el rebaño, con el fin de que otros viendo sus buenas obras glorifiquen al Padre, que otros andando en sus pisadas anden así en las pisadas del jefe también, y que al fin alcancen la misma gloria, la misma honra, la misma inmortalidad — participantes de la misma

naturaleza divina, miembros de la misma Nueva Creación.

La misión que habían recibido era una misión de *servicio*. Ellos debían servirse mutuamente, servir al Señor y entregar su vida a favor de los hermanos. Estos servicios debían ser prestados especialmente en relación con la proclamación del Evangelio. Ellos tenían parte en la preunción que ya descansaba en su Maestro — la misma unción que pertenece a todos los miembros de la Nueva Creación, a todos los del Sacerdocio real, y que el profeta describe, diciendo: "El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque *me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas* a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón", etc. —Isaías 61:1, 2; Luc. 4:17-21.; Mat. 10:5-8; Marcos 3:14, 15; Luc. 10:1-17.

Aunque esta unción no vino directamente sobre ellos antes del Pentecostés, habían tenido una muestra del hecho que el Señor les confirió una parte del poder de su Espíritu Santo, etc. cuando él los envió a predicar. No obstante, aun en esto, la ocasión especial de enorgullecerse se les quitó cuando, más tarde, nuestro Señor envió setenta otros para hacer un trabajo análogo, y que les dio el poder de cumplir milagros en su nombre. La obra verdadera de los apóstoles no comenzó en absoluto, en el sentido exacto de la palabra, antes de haber recibido el Espíritu Santo en el Pentecostés. Allí,

ellos fueron el objeto de una manifestación especial del poder divino, porque no sólo recibieron el Espíritu Santo y los dones del Espíritu, sino que igualmente y especialmente el poder de conferir estos dones a otros. Desde entonces, por este último poder, fueron puestos de lado todos los demás miembros de la Iglesia. Otros creyentes fueron comprendidos en los miembros del cuerpo ungido de Cristo, hechos participantes de su Espíritu y engendrados de este Espíritu a la novedad de vida, etc. pero ninguno pudo tener un don, o una manifestación especial salvo por medio de estos apóstoles. Sin embargo, debemos tener bien en mente que estos dones de milagros, lenguas, interpretaciones de lenguas, etc. no impidieron en ningún sentido ni reemplazaron los frutos del Espíritu Santo, los cuales deben crecer o desarrollarse en cada fiel gracias a su obediencia a las instrucciones divinas: crecer en gracia, en conocimiento y en amor. La atribución de estos dones que un hombre podía recibir siendo sin embargo un metal que resuena, un címbalo que retiñe, designó, no obstante, a los apóstoles como siervos o representantes especiales del Señor en la obra de la fundación de la Iglesia. —1 Cor. 12:7-10; 13:1-3.

Al escoger estos apóstoles e instruirles, nuestro Señor tenía a la vista de bendecir y de instruir a todos sus discípulos hasta el fin de la Edad. Esto

resalta de la oración que él hizo al fin de su ministerio en la cual, refiriéndose a los discípulos, declaró: "He manifestado tu nombre a los hombres [apóstoles] que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti; porque las palabras [doctrinas] que me diste, les he dado; y ellos las han recibido. . . Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son. . . Mas no ruego solamente por éstos [apóstoles], sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos [toda la Iglesia del Evangelio], para que todos sean uno [en intención, en amor]; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; [luego, mostrando el último fin de esta elección, tanto de los apóstoles como de toda la Nueva Creación, añadió] para que el mundo [amado de Dios aunque todavía pecador y rescatado por la sangre preciosa] crea que tú me enviaste" — para rescatar al mundo y restablecerle. —Juan 17:6-9, 20, 21.

Aunque sin instrucción, los apóstoles eran manifiestamente de caracteres fuertes, y gracias a la enseñanza del Señor, su falta de sabiduría y de instrucción según el mundo fue más que compensada por "el espíritu de sobrio sentido común". Por lo tanto, no es extraño que estos hombres hayan sido reconocidos unánimemente por

la Iglesia primitiva como guías en el camino del Señor, instructores designados de una manera especial, "columnas en la Iglesia", que la autoridad venía inmediatamente después de aquella del Señor mismo. De diversas maneras el Señor les había preparado para esta posición.

Ellos estaban con él continuamente y podían testificar de todo lo que concernía su ministerio, sus enseñanzas, sus milagros, sus oraciones, su simpatía, su santidad, de su sacrificio hasta la misma muerte, y finalmente testificar de su resurrección. No sólo la Iglesia primitiva necesitó todos estos testimonios, sino que también todos los que, después, han sido llamados por el Señor y han aceptado su llamado para formar parte de la Nueva Creación — todos los que huyeron para encontrar un refugio y pusieron su confianza en las gloriosas esperanzas concentradas en su carácter y en su muerte en sacrificio, en su exaltación suprema y en el plan de Dios que tiene por misión de cumplir; todos ellos necesitaron tal testimonio personal en todos estos dominios, con el fin de que pudieran tener una fe firme y un consuelo poderoso.

Setenta otros discípulos fueron enviados más tarde por el Señor, para proclamar su presencia y la cosecha de la Edad judaica, pero su trabajo, en muchos aspectos, fue diferente de aquel de los doce. En verdad, pareció que el Señor, de todos modos, hecho de lado a los apóstoles de una manera tan

especial, que podemos, con toda la Iglesia, tener en ellos una confianza absoluta. Sólo ellos participaron con él en la última Pascua y en la institución de la nueva "conmemoración" de su propia muerte; sólo ellos estuvieron con él en Getsemaní; también fue a ellos a quienes él se manifestó especialmente después de su resurrección, y sólo ellos sirvieron especialmente como portavoces del Espíritu Santo en el Día del Pentecostés. Once eran "hombres de Galilea"; así como lo observaron algunos que los oyeron: "¿No son galileos todos estos que hablan?" —Hechos 2:7; Lucas 24:48-51; Mat. 28:16-19.

Aunque, según el relato, nuestro Señor se hubiera revelado después de su resurrección a cerca de quinientos hermanos, no obstante, los apóstoles estuvieron particularmente en contacto con él; ellos debían ser "testigos [particulares] de todas las cosas que él hizo, en la tierra de los Judíos y en Jerusalén; a quien mataron colgándole en un madero; A éste levantó Dios al tercer día. . . *Y nos mandó que predicásemos* al pueblo", etc. —Hechos 10:39-45; 13:31; 1 Cor. 15:3-8.

Aunque el apóstol Pablo no fuera directamente un testigo al mismo grado que los once, él fue sin embargo el testigo de la resurrección de nuestro Señor por una aparición subsecuente que se le dio de su presencia gloriosa, así como él mismo lo dice: "Y al último de todos, como a un abortivo [antes del tiempo], me apareció a mí" (1 Cor. 15:8, 9). El

apóstol Pablo no tuvo realmente el derecho de ver al Señor en la gloria antes del resto de la Iglesia en su Segundo Advenimiento, cuando todos sus fieles serán cambiados, hechos semejantes a él y le verán tal como es; sin embargo, para que el Apóstol pueda ser un *testigo* se le concedió esta aparición, y además, algunas visiones y revelaciones más que a todos ellos. Tal vez de esta manera, fue bien resarcida su falta de contacto personal con el Maestro. No obstante, sus experiencias especiales no fueron simplemente para su propia ventaja, sino podemos presumirla, sobre todo para el bien de la Iglesia entera. Es cierto que las experiencias, las visiones, las revelaciones, etc. particulares concedidas al Apóstol quien tomó el lugar de Judas, fueron de una ayuda más grande que aquellas de cualquier de los otros apóstoles.

Sus experiencias le permitieron entender y apreciar no sólo "las cosas profundas de Dios" (las mismas cosas que no se permite al hombre expresar —2 Cor. 12:4), sino la iluminación que ellas dieron al espíritu del Apóstol, a través de *sus escritos*, ha brotado sobre la Iglesia desde este tiempo hasta nuestros días.

Estas visiones y estas revelaciones fueron las que le permitieron al apóstol Pablo comprender la situación, apreciar la nueva dispensación y captar tan claramente la longitud, la anchura, la altura y la profundidad del carácter y del plan divinos; era

porque él mismo apreciaba claramente estas cosas que fue cualificado para exponerlas en sus enseñanzas y sus epístolas de tal manera que fueron una bendición para la familia de la fe a lo largo de la Edad. En realidad, hasta hoy, la Iglesia podría más fácilmente pasarse sin los testimonios de cualquier de los otros apóstoles o de todos ellos más bien que de perder el suyo. Sin embargo, nosotros somos felices de tener todo el testimonio, felices de apreciarlo en su conjunto, tanto como de apreciar los caracteres nobles de todos los doce apóstoles. Observe el testimonio que indica su apostolado: en primer lugar, las palabras del Señor: "Éste mismo me es un vaso escogido, para llevar mi nombre delante de los gentiles, y de los reyes, y de los hijos de Israel" (Hechos 9:15, *Versión Moderna*). El Apóstol mismo declara: "Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo" (Gál. 1:11, 12). Él añade: "El que actuó en Pedro para el apostolado de la circuncisión [los judíos], actuó también en mí para con los gentiles" (Gál. 2:8). No sólo su celo por el Señor y por los hermanos, y su diligencia de entregar su vida a favor de los hermanos (dedicando su tiempo y su energía para su bendición) constituyen la prueba de su dignidad en un rango igual a aquel de cualquier de los apóstoles, sino que cuando su autoridad apostólica en la Iglesia fue acusada y discutida por

algunos, enfocó francamente la atención en este punto y en la bendición que el Señor le había concedido por sus revelaciones y sus servicios, etc., probando así que él "no fue en nada inferior a los más eminentes apóstoles". —1 Cor. 9:1; 2 Cor. 11:5, 23; 12:1-7, 12; Gál. 2:8; 3:5.

No era la intención del Señor que los apóstoles debieran hacer una obra entre los judíos solamente: la Escritura informa todo lo contrario. Él informó a los once que su obra y su mensaje concernían finalmente a todos los pueblos, aunque debieran quedar en Jerusalén hasta que fueran revestidos de poder, y que era allá dónde debían comenzar su testimonio. "Recibiréis poder", él les dijo, "cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1:8). Este testimonio continuó no sólo durante la vida de los apóstoles, sino que todavía continúa. Aún recibimos su predicación, ellos siguen instruyendo a los fieles, animándoles, amonestándoles, censurándoles. Su muerte no puso fin a su ministerio. Ellos aún hablan, aún testifican, y aún son portavoces del Señor a sus fieles.

LA INSPIRACIÓN DE LOS APÓSTOLES

Es bueno que tengamos confianza en los apóstoles como testigos o historiadores fieles, y que

tomemos nota que sus testimonios llevan el sello de la honestidad en que no buscaron ni la riqueza ni la gloria entre los hombres, sino que sacrificaron todos sus intereses terrestres en su celo por el Maestro resucitado y glorificado. Su testimonio todavía sería inestimable aun si no tuviera otro peso que ése, pero también encontramos en las Escrituras que el Señor se valió de ellos como sus agentes inspirados, y que los guió de manera especial en cuanto al testimonio, en cuanto a las doctrinas, en cuanto a las costumbres, etc. que establecerían en la Iglesia. Ellos llevaron testimonio no sólo en cuanto a las cosas que habían oído y visto, sino además, en cuanto a la instrucción que recibieron por medio del Espíritu Santo; así fueron administradores fieles. "Que *todo* hombre nos considere de esta manera: como servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios", dice Pablo (1 Cor. 4:1, *La Biblia de las Américas*). Nuestro Señor expresa el mismo pensamiento cuando dice, hablando de los doce: "Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres", y luego: "Pastorea mis ovejas" "Apacienta mis corderos". El Apóstol también dice: El misterio [las verdades profundas del Evangelio concernientes al supremo llamamiento de la Nueva Creación — el Cristo] escondido de todo tiempo y en todas las Edades, es ahora revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu. Él explica que el fin de esta revelación debe ser "de aclarar a todos

cuál sea la dispensación del misterio [para cuales condiciones es posible tener parte en la Nueva Creación] escondido desde los siglos en Dios" (Ef. 3:3-11). Además, describiendo cómo la Iglesia debe ser edificada sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, Jesucristo siendo la principal piedra angular, el Apóstol declara: "Por esta causa [para la edificación de la Iglesia, el templo de Dios] yo Pablo, [soy] prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles". —Ef. 2:20, 22; 3:1.

El Consolador fue prometido para "enseñaros todas las cosas y recordaros todo lo que yo os he dicho" y "haceros saber las cosas que habrán de venir" (Juan 14:26; 16:13). Indudablemente y en cierta medida, esto es aplicable a la Iglesia entera, pero se aplica muy especialmente a los apóstoles, y en realidad todavía obra con respecto al resto de la Iglesia por medio de los apóstoles, sus palabras que todavía son los medios por los cuales el Espíritu Santo nos enseña tanto las cosas nuevas como las antiguas. De acuerdo con esta promesa, nos es posible comprender que la inspiración apostólica presentó tres características: (1) El refresco de su memoria les permitió recordar y reproducir las enseñanzas personales del Señor. (2) Ellos fueron guiados en la apreciación de la verdad tocante al plan divino de las Edades. (3) Ellos recibieron revelaciones especiales de cosas venideras, de cosas a propósito de las cuales nuestro Señor había

declarado: “Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar.” —Juan 16:12.

No debemos suponer que el refrescar de la memoria de los apóstoles implicaba un dictado de la fraseología exacta o de un orden exacto de las palabras de nuestro Señor. Ni siquiera los escritos apostólicos no dan la prueba de tal dictado. Sin embargo, la misma promesa del Señor es una garantía de la exactitud de sus declaraciones. En cada uno de los cuatro Evangelios, tenemos una historia del principio de la vida del Señor y de su ministerio; sin embargo, en cada uno de ellos se manifiesta la personalidad del autor. Cada uno, en su propio estilo, informa los detalles que le parecen los más importantes, y bajo la dirección del Señor, estos diversos relatos proporcionan juntos una historia tan completa como necesaria para el establecimiento de la fe de la Iglesia, para la identificación de Jesús como el Mesías de los profetas, en el cumplimiento de las profecías que le concierne, en los acontecimientos de su vida y en sus enseñanzas. Si la inspiración hubiera sido verbal (un dictado palabra por palabra), no habría sido necesario que varios hombres rehicieran el relato; sin embargo, es notable que si cada escritor pudo libremente ejercer su manera personal de expresarse y escoger los acontecimientos más importantes y más dignos de ser informados, el Señor por su espíritu dirigió las cosas de modo que nada

importante fuera omitido: todo lo que es necesario se relata escrupulosamente "a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra". Es interesante notar que el relato del apóstol Juan completa los tres otros relatos (Mateo, Marcos y Lucas), y que habla sobre todo de circunstancias y de incidentes importantes omitidos por otros.

La promesa del Señor que, por el Espíritu Santo, él guiaría a los apóstoles, y por éstos, la Nueva Creación, "a toda la Verdad", implica que esta dirección sería de un carácter general más bien que personal e individual a toda la verdad; el cumplimiento de esta promesa hecho de esta manera está puesto en evidencia por los relatos. Aunque los apóstoles, excepto Pablo, fueran unos hombres simples y sin instrucción, sus exposiciones bíblicas son, sin embargo, muy notables. Ellos fueron capaces de "avergonzar a los sabios" teólogos de su tiempo, y siempre lo hacían después. Por muy elocuente que sea el error, no puede sostenerse delante de la lógica de sus deducciones sacadas de la Ley y de los Profetas y de las enseñanzas del Señor. Los doctores judíos de la Ley estaban asombrados por eso, y como leemos "reconocían que habían estado con Jesús", que habían aprendido su doctrina e imitado su espíritu. —Hechos 4:5, 6, 13.

Las epístolas apostólicas constan de estos

argumentos lógicos basados en los escritos del Antiguo Testamento y en las palabras del Señor. Todos los que, a través de esta Edad Evangélica, han tenido parte en el mismo espíritu según la argumentación que el Señor, por su portavoz, ha expuesto delante de nosotros, son conducidos a las mismas conclusiones verídicas; así nuestra fe descansa, no en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios (1 Cor. 2:4, 5). Sin embargo, en estas enseñanzas tanto como en sus relatos históricos, no tenemos ninguna prueba que hayan sido dictados palabra por palabra, ninguna prueba que los escritores hayan sido simplemente unos secretarios del Señor, hablando y escribiendo de manera mecánica como hicieron los profetas de antaño (2 Ped. 1:21). Los apóstoles tuvieron más bien una iluminación clara del entendimiento que los hacía capaces de comprender, de apreciar las intenciones divinas y así, de exponerlas claramente; ha sido exactamente lo mismo desde entonces para todos los del pueblo del Señor quienes, según su dirección, pudieron crecer en gracia, en conocimiento y en amor, y de esta manera, "comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento [humano]". —Ef. 3:18, 19.

Sin embargo, somos plenamente justificados a creer que sus otras enseñanzas, tanto como sus

relatos históricos, fueron vigilados hasta tal punto por el Señor que el empleo de palabras inapropiadas fue evitado y que la verdad fue expuesta de tal manera que constituye el "alimento al debido tiempo" para la familia de la fe desde entonces. Esta vigilancia divina de los apóstoles fue predicha por las palabras de nuestro Señor: "Todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo" (Mat. 18:18). Esto no significa que el Señor abandonaría sus prerrogativas y se haría el que obedecería las órdenes de los apóstoles sino que éstos serían tan bien guardados, tan bien guiados por el Espíritu Santo, que sus decisiones en la Iglesia acerca de las cosas que deberían considerarse como obligatorias y acerca de las que deberían considerarse como facultativas, serían unas decisiones válidas, y que la Iglesia en general podía saber que los temas han sido fijados, establecidos, concluyendo así que tal es la decisión del Señor tanto como la de los apóstoles.

SOBRE ESTA ROCA EDIFICARÉ MI IGLESIA

Estuvo en pleno acuerdo con esto que, después de que el apóstol Pedro hubiera relatado el testimonio que nuestro Señor era el Mesías, "Jesús, respondiendo, le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque *esto* no te *lo* reveló carne ni

sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Yo también te digo que tú eres Pedro [***petros*** — una piedra, una roca]; y sobre esta roca [***petra*** — una masa rocosa — el gran peñasco fundamental de la verdad, que acabas de expresar] edificará mi Iglesia" (Mateo 16:17,18, *La Biblia de las Américas*). El Señor mismo es el constructor, como lo proclaman ser el fundamento: "Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo" (1 Cor. 3:11). Él es el gran peñasco y el hecho, para Pedro, de reconocerlo como tal, era un testimonio sólido, una declaración de los principios fundamentales en los cuales descansa el plan divino. Así es como el apóstol Pedro entendió el tema y así es como expresó su comprensión (1 Ped. 2:5, 6). Él declaró que todos los verdaderos creyentes consagrados son "*piedras* vivas" que vienen al gran Peñasco del plan divino, Cristo Jesús, con el fin de ser edificados en un santo templo de Dios uniéndose a él, el fundamento. Pedro mismo negaba toda pretensión de ser la piedra fundamental y se clasificaba correctamente entre todas las demás "piedras vivas" (en griego: ***lithos***) de la Iglesia — aunque ***petros***, peñasco, significa una piedra de dimensión más grande que ***lithos***, y que todos los apóstoles como piedras "de fundamento" tendrían, en el plan y en el orden divinos, una importancia más grande que sus hermanos. —Apoc. 21:14.

LLAVES DE LA AUTORIDAD

En el mismo orden de ideas, el Señor le dice a Pedro: "Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos", etc. Así la misma autoridad dada a los apóstoles en su conjunto fue expresada de modo preciso a Pedro con el privilegio o el honor suplementario de poseer las llaves, el poder o la autoridad de abrir. Nosotros nos acordamos de la manera en la que el apóstol Pedro se sirvió de las llaves del Reino y les *abrió* la obra de la nueva dispensación en primer lugar a los judíos en el Pentecostés, y más tarde, a los Gentiles en la casa de Cornelio. En el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo fue derramado, leemos que "Pedro, poniéndose en pie con los once"; él tomó la iniciativa; él *abrió*, otros siguieron, y la invitación del Evangelio fue lanzada así abiertamente a los judíos. En el caso de Cornelio, el Señor le envió mensajeros a Pedro, y por una visión lo hizo de manera especial a seguirles; así él lo empleó de manera particular para abrir la puerta de la misericordia, libertad y privilegio a los Gentiles con el fin de que también pudieran entrar y tener parte en el llamamiento superior de la Nueva Creación. Estas cosas están en pleno acuerdo con lo que discernimos concerniente a las intenciones del Señor sobre la selección de los doce apóstoles. Cuanto más el pueblo del Señor discierne

claramente el hecho que estos doce hombres han sido designados como los representantes especiales de la nueva dispensación y que sus palabras son los canales especiales de la verdad respecto a la Nueva Creación, más completamente será preparado a aceptar sus declaraciones, y también, menos será propenso aceptar las enseñanzas de otros que se oponen a su testimonio. “Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” —Isaías 8:20.

(La siguiente parte del libro “La Nueva Creación” se publicará en la edición de mayo-junio de 2014)